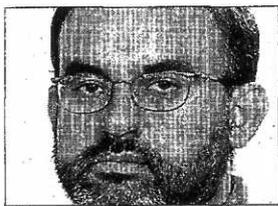


UNA EUROPA GRIEGA

Si la primera Constitución que intenta organizar la vida de todos los europeos establece de forma definitiva el derecho de veto de cada uno de los estados miembros, quebrando el juego democrático de mayorías y minorías, al lado de cada estado que ejerza el veto —que se suponen sean los estados fuertes— se creará una cohorte de estados comparsa —que se suponen sean los no fuertes— que acabarán convirtiendo Europa en tres ligas políticas al modo de la liga aquea, la liga etolia o la liga rodia, que terminaron por disolver los ímpetus de unidad que tuvieron muchos griegos en su esplendente Historia Clásica. Al final, Grecia quedó unificada al ser reducida a provincia por la República Romana con el nombre de Acaya (destrucción de Corinto por Mumio en el 146 a.C.). ¿Cuál será nuestra Roma hoy? ¿Rusia o EE UU? Rusia tiene el atractivo de que es «casi» Europa (Eça de Queiroz afirmaba que Rusia es un imperio asiático con una ventana a Europa). Y EE UU, hijos de una perfecta crisis europea, tiene el atractivo de su bicentenario tradición democrática. Pero mientras llega la esperada unificación provincial, Francia, Alemania, Inglaterra, y quizás también Italia y España, se convertirán, gracias a la *hybris* del veto en los pedestales de cinco ligas europeas que harán de la unificación de Europa una retórica vacía, a pesar de reiterada. La «potestas» que entraña el veto es siempre negativa, y sólo se puede legitimar políticamente en el marco de aquellas sociedades que están constituidas por dos castas esencialmente separadas (v. gr. los patricios y los plebeyos en la República Romana).

Desde estas OTRAS RAZONES, Antonio García-Trevijano, como un nuevo Isócrates escribiendo a Filipo, está esbozando con realismo político el camino que «debería» llevar a la unificación de Europa, desbastando la masa marmórea para descubrir a una diosa sobrecogedoramente hermosa, desde Los Urales a Gibraltar, y desde Estambul a Las Azores. El mayor obstáculo a la unificación de Europa es que este continente ha sido el mayor gestador de imperios sobre la faz de la Tierra: Macedonia, Roma, España, Portugal, Francia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Rusia, Italia, etc.; y no hay nada más difícil que la creación de una federación de los más grandes depredadores territoriales del Planeta. Pero Europa borra sobradamente esta depredación con su herencia del «lógos liberador», que ha constituido en esencia la configuración del espíritu del mundo actual. El alma de Europa se construye sobre tres «Schlagwörter» o «lemas impactantes» de la Democracia Ateniese: *eleuthería*, *isonomía* e *isognomía*, que la Revolución Francesa tradujo en *Liberté, Egalité y Fraternité*, y que han representado la base de todo humanismo político.

Siendo el mundo Europa en un sentido «ideológico» (y que me disculpe en su tumba Destutt de Tracy), Europa no es aún una unidad política, sino sobre todo la bandera de la cultura y la libertad esenciales. Por el número de seres humanos que quieren alcanzar las fronteras de este continente, somos el lugar más atractivo del mundo, el paraje más querido por los dioses. Diríase que el gran pintor



Boucher imaginaba proféticamente los náufragos que anhelosos se acercaban a la bella Europa sentada sobre un toro blanco sedente. Hija del rey fenicio o cananeo Agenor, Europa se nos presenta como la quinquagesima más sublime de Oriente. Europa mueve el mundo con su pensamiento.

Ahora bien, los pilágoros que componen el actual Consejo anfictiónico europeo nos parecen todavía más ejecutivos de una gran empresa comercial que diputados de una nación venidera. Pero enquistarse en la economía es limitar los otros horizontes políticos —los verdaderos—, y hacer de Europa una S. A. mercantil y no un Estado. El Mercader de Venecia acabará siendo elegido por sorteo el Dux. Charondas de Catania, padre del derecho mercantil, no llegó nunca a pensar que la pequeña novedad que traía su Constitución se convertiría dos mil quinientos años después en la piedra angular de la Constitución Europea. Sin duda, el derecho de veto es más propio de una asociación de mercaderes que de una República Federal.

Martín-Miguel RUBIO ESTEBAN

PORQUE SÍ Y PORQUE ES ASÍ

LA PRÁCTICA DE LA ALEGRÍA

Los indios navajos enseñan a sus hijos que cada amanecer, cuando sale el sol, es un nuevo sol. Nace cada mañana, vive durante el día y, al atardecer, muere para nunca más volver. «Todo es llegar y partir», nos decía una tarde, en Buenos Aires, Jorge Luis Borges a Esther y a mí. Hablábamos de la dicha de no renunciar a nosotros mismos, de celebrar la vida. De eso quiero hablar hoy: de la práctica de la alegría. No la de «¡ji ji-ja ja», no. La de veras, la que no es de burlas, la que brota de la buena conciencia. Estamos tan ensimismados en nuestros afanes y fatigas, que nos creemos que sólo nosotros sufrimos. Y per-

manecemos ajenos. No vemos, no compartimos el corazón. No saboreamos la dicha que brota a nuestro lado, codo a codo. Y la vida se nos va. Aun en los peores momentos, aunque se hiele y escueza el alma, es posible, como el sol de los indios navajos, morir cada día, para cada día resucitar, hasta convertir las inevitables penalidades de la vida en sabiduría y valor. En vida y más vida.

Jesús FONSECA



CINE Y LITERATURA (I)

Un día escribí Rafael Alberti. «Yo nací, respetadme, con el cine». Cuando era ya una de las más importantes realidades culturales del siglo XX, nacimos muchos. Recuerdo que en la oscuridad y el miedo de



la España franquista de posguerra, tres ilusiones me forjaban un mundo propio y distinto, que me salvaba: los libros, sin duda el más mágico y racional, al tiempo, el que nos libraba de aquel naufragio en que la mayor parte de la población se encontraba sumida; el cine, la pasión que llenaba nuestra imaginación, que alimentaba nuestros sueños. Ante la estereotipada pero real frase: ¿qué prefieres hoy, cena o cine?, muchos optábamos por el cine. Era preferible acostarse tras haber visto una película, que cenar el cotidiano chicharro que a veces no alcanzaba a comprar. De todo hacía para obtener el dinero con el que poder comprar una entrada para asistir a aquel inolvidable teatro Cervantes de Segovia, el del acomodador Arevalillo del gallinero, cuyo nombre recordaría siempre, como sus peleas con los soldados que ante la más leve insinuación de un escote femenino no totalmente tapado por la censura berreaban a placer; vendía mondas de patatas, papeles o

cartones, improvisaba teatro para los niños de mi barrio, escribía tebeos del oeste que vendía a mis compañeros de juegos... Libros. Cine. Y trenes: cuántas veces corría a la estación para ver los trenes que partían o llegaban hacia o de Madrid.

¿Qué fiesta el día que el Talgo a Santander se asomó, reculando desde el Puente de Hierro a la estación de Segovia... Nacimos en el cine. El cine había sido, en los tiempos en que no existíamos, en la República, uno de los medios fundamentales de la cultura popular y de las pasiones de nuestros mejores intelectuales. Cine, jazz, psicoanálisis, fueron grandes revoluciones de la llamada «modernidad». Convulsionaban la vida del siglo XX, introduciendo para todas las artes una nueva técnica, forma de plagio ideas, y recrear paisajes, físicos o humanos. El cine aspiraba a ser un reflejo en el que todas las artes tuvieran cabida. Pero también buscaba constituirse en un medio propio, autónomo, con expresión definida, la última de las artes inventadas por el ser humano, la que más llamaría nuestra atención y ocuparía innumerables horas de nuestro tiempo del ocio. Uno de los más apasionados cineófilos del siglo XX, Luis Cernuda, escribió: «La filoteca me está proporcionando no sólo oportunidad de recuperar películas de mi infancia —y también de conocer las anteriores, las del comienzo mismo del arte cinematográfico— sino repasar muchas de las que pude haber visto recién estrenadas en tiempos de mi juventud, una juventud tan configurada como la de todos mis coetáneos, literatos o no, por la influencia de este que soñamos llamar Séptimo Arte». La tarde precedente a su muerte, venía de ver, allá en su destierro de Coyoacán, una película que le gustó mucho: «Divorcio a la italiana» de Pietro Germi. Al retirarse a su celda le prometió a Palma Altoalaguirre que la llevaría al día siguiente a verla. Visionaba en ocasiones varias veces una misma película. Era el gran refugio de sus soledades.

Nacimos, nos desarrollamos, vivimos ya siempre bajo el imperio del cine. Libros y cine, cine y libros. Apenas aprendimos a hablar, a caminar solos, y sobre todo desarrollábamos nuestra capacidad cognoscitiva, cuando pedíamos desesperadamente, primero acompañados, luego solos, ir al cine: encontrar rostros, voces, paisajes, historias, mundos distintos al nuestro. El cine nos descubría el amor, las heroicidades de los elegidos, las miserias de las guerras, las fantasías y cuentos de todos los mundos, las historias de pueblos desaparecidos, de épocas que apenas conocíamos por el estudio de la historia, el espejo en que se reflejaban el hambre y la ambición, las podredumbres del poder, la risa y los dramas. Recuerdo mis películas dominicales, cuando estudiaba en el colegio de los Padres Misioneros, a la censura oficial se unía la de la cabina, manos que tapaban cualquier imagen que se pudiera considerar desaconsejable. Nos quedaban Charlot, el Gordo y el Flaco, o el inevitable Fu-Manchú cuyas maldades siempre aplaudíamos igual que vociferábamos contra los «buenos» que pretendían derrotarle.

Andrés SOREL